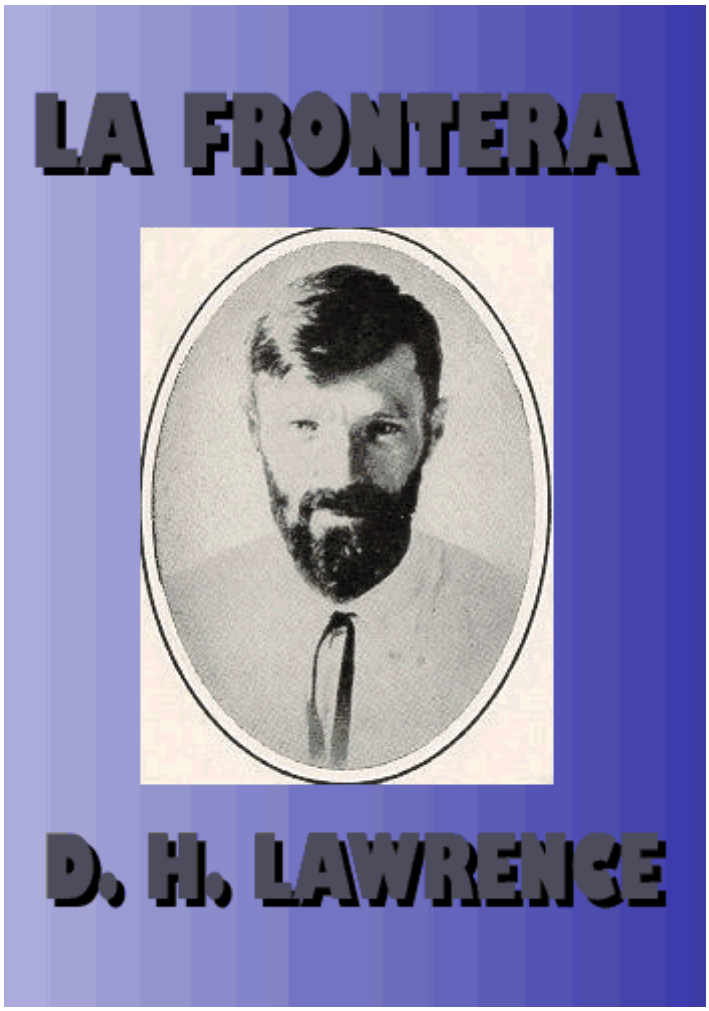
LIBRO dot.com

LA FRONTERA

D. H. LAWRENCE



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Katherine Farquhar era una guapa mujer de cuarenta años, ahora robusta, pero atractiva en su suave y plena femineidad. Los porteadores franceses corrían a su alrededor, disfrutando de un voluptuoso placer sólo por cargar con su equipaje. Y ella les daba unas propinas ridículamente altas, porque, en primer lugar, siempre había ignorado el auténtico valor del dinero y, además, porque tenía un miedo morboso de darle a nadie menos propina de la merecida, y especialmente a un hombre que estaba ansioso por servirla.

En realidad a ella le resultaba cómico ver cómo estos franceses -todos los franceses- corrían ansiosamente a su alrededor, llamándola madame. Su voluptuosa obsequiosidad. Porque, después de todo, ella era alemana. Quince años de matrimonio con un inglés -o, mejor dicho, con dos ingleses- no la habían alterado racialmente. Era hija de un barón alemán, y seguía siéndolo mental y físicamente, a pesar de que Inglaterra se había convertido en su hogar. Y sin duda parecía alemana, con su fresca complexión y su fuerte y robusta figura. Pero, como la mayoría de las personas, era el resultado de una mezcla: llevaba en las venas sangre rusa, y también francesa. Y había vivido en un país y otro, de modo que ahora su entorno le resultaba algo indiferente. Así que tal vez a los parisinos podría excusárselos por correr tan ansiosamente a su alrededor, y por obtener un placer tan voluptuoso de llamarle un taxi, o cederle el asiento en el autobús, o cargar con sus maletas o sostener la carta de un restaurante ante sus ojos. Así y todo, le divertía. Y tenía que confesar que estos parisinos le gustaban. Tenían su propia y especial virilidad, aun cuando no fuese la misma que la inglesa, y si una mujer les resultaba agradable, mullida de carnes y con aspecto indefenso, eran ardientes y generosos. Katherine comprendía muy bien que los franceses fueran groseros con las mujeres inglesas o norteamericanas, que parecían duras, secas, autosuficientes. Ella simpatizaba con el punto de vista de los franceses: una capacidad demasiado evidente de bastarse a sí misma es un rasgo desagradable en una mujer.

En la Gare de l'Est, por supuesto, se esperaba que todo el mundo fuese alemán, y entre los porteadores era casi una convención asumir una cierta superioridad infantil. Así y todo, se creó la misma voluptuosa agitación por acompañar a Katherine Farquhar hasta su asiento en el coche de primera clase. Madame viajaba sola.

Iba a Alemania pasando por Estrasburgo, y se encontraría con su hermana en BadenBaden. Philip, su marido, estaba en Alemania, recogiendo para su periódico unos datos que servirían como evidencia para cierto asunto. A Katherine la atemorizaban un poco los periódicos, y la clase de «evidencia» que se extrae de cualquier parte para alimentarlos. No obstante, Philip era un hombre inteligente; un hombre de cierta importancia en el mundo.

Katherine se había percatado de que su propio mundo consistía casi enteramente de personas de cierta importancia. Se hallaba fuera de la esfera de aquellos que no eran nadie, y siempre había sido así. Y los que eran Alguien con A mayúscula, gracias a Dios, estaban muertos. Ella sabía bastante acerca del mundo actual para darse cuenta de que éste no estaba dispuesto a aguantar a personas que fueran Alguien, sino sólo a muchas que no fueran nadie y a un número suficiente de las que fueran alguien, pero de no demasiada importancia. Y, después de todo, pensaba ella, era así como tenía que ser.

A veces le entraban unos vagos temores.

París, por ejemplo, con su museo del Louvre y sus jardines de Luxemburgo y su catedral, parecía haber sido construido para Alguien. De un modo fantasmal, parecía invocar a un Alguien supremo. Pero todos sus pequeños hombrecitos, los que no eran

nadie y los que eran alguien, eran como gorriones piando por migas de pan, y dejando caer sus deyecciones sobre las cornisas de los palacios.

A Katherine, París le recordaba a su primer marido, Alan Anstruther, aquel celta pelirrojo y combativo, padre de sus dos hijos ya crecidos. Alan había tenido la extraña e innata convicción de que estaba más allá de ser juzgado por el común de los mortales. Katherine nunca había llegado a comprender de dónde la sacaba. A ella, ser el hijo de un barón escocés y capitán de un regimiento de las Highlands no le parecía tan estupendo. En cuanto a Alan en persona, era un hombre apuesto vestido de uniforme, con su kilt ondulante y sus brillantes ojos azules. Incluso completamente desnudo y sin adornos tenía una virilidad angulosa, osada, imponente, que le era propia. Lo único que Katherine no podía aceptar del todo era su tácita e indomable asunción de que él pertenecía realmente a los elegidos, que era uno de los amos. Y además era un hombre inteligente, dispuesto a aceptar que el general Mengano o el coronel Zutano podían de hecho ser sus superiores. Hasta que entraba en contacto con el general Mengano o el coronel Zutano. Con lo que alzaba sus arrogantes ojos azules y en su rostro anguloso se difundía un ligero matiz de desprecio en homenaje a su propia persona.

Señorial o no, no había tenido mucho éxito en el sentido mundano. Katherine lo había amado, y él la había amado a ella: eso era indiscutible. Pero cuando se trataba de aquella innata convicción de su propio señorío, no se sabía quién de los dos era peor. Porque Katherine, con su amable personalidad de abeja reina, pensaba que en última instancia el derecho al homenaje final le correspondía a ella.

Alan había sido demasiado inflexible y altanero como para pronunciarse demasiado. Pero a veces se detenía y la miraba con ira contenida, asombro e indignación. La indignación asombrada había sido casi demasiado para ella. ¿Por quién se había tomado aquel hombre?

Alan era uno de esos escoceses duros y sagaces con tendencia a filosofar, pero carecía de sentimiento. Su desprecio por Nietzsche, a quien ella adoraba, era intolerable. Alan se limitaba a afirmarse como un pilar de roca esperando que las mareas del mundo moderno retrocedieran a su alrededor. Pero éstas se negaban a hacerlo.

De modo que él se interesó por la astronomía, observando a través de un telescopio los mundos más allá de los mundos. Lo que parecía proporcionarle cierto alivio.

Después de diez años habían dejado de vivir juntos, a pesar de que ambos eran apasionados. Pero eran también demasiado orgullosos y despiadados como para ceder el uno con el otro, y demasiado altaneros como para ceder ante un extraño.

Alan tenía un amigo, Philip, también escocés, y compañero de universidad. Philip, tras su carrera de Derecho, se había dedicado al periodismo, y se había hecho un nombre en la profesión. Era un hombrecillo moreno procedente de las Highlands, insidioso, astuto y conocedor. Esta mirada de conocimiento en sus ojos oscuros, y la sensación de secreto que acompañaba a su cuerpo menudo y sombrío lo hacían interesante para las mujeres. Otra de las cosas que podía hacer era comunicar una gran sensación de calidez, de ofrenda, como un perro cuando quiere a alguien. Philip parecía capaz de hacer esto a voluntad. Y Katherine, después de experimentar hacia él cierta frialdad e incluso casi despreciarlo durante años, cayó al fin bajo el hechizo del hombrecillo oscuro e insidioso.

-¡Tú! -le dijo a Alan, cuya arrogante superioridad la irritaba en extremo-. Ni siquiera sabes que una mujer existe. Y en eso Philip Farquhar es más que tú. El sí que sabe lo que es una mujer.

-¡Bah! Ese pequeño... -dijo Alan, utilizando una obscena palabra de desprecio.

Así y todo, la amistad perduró, mantenida por Philip, que sentía por él un amor casi incomprensible. A Alan, casi siempre, Philip le era indiferente. Pero estaba acostumbrado a Philip, y los hábitos eran muy importantes para él.

-¡La verdad es que Alan es un hombre asombroso! -le decía Philip a Katherine-.

Es un verdadero hombre, lo que yo llamo un verdadero hombre; el único que he conocido en mi vida.

-¿Pero por qué es el único que has conocido en tu vida? -le preguntó ella-. ¿Tú no te crees un verdadero hombre?

-No, yo... yo soy diferente. Mi fuerza reside en ceder... y en recuperarme a mí mismo después. Me dejo arrastrar. Pero, hasta ahora, siempre me las he arreglado para recuperarme a mí mismo. Alan... -y Philip pronunció su nombre de un modo casi reverencial, envidiosamente- Alan jamás se deja arrastrar por nada. Y es el único hombre que conozco que no lo hace.

-¡Ya! -dijo ella-. Se deja engañar por un montón de cosas. Se le puede engañar a través de su vanidad.

-No -dijo Philip-. Nunca del todo. Es imposible engañarlo del todo. Cuando algo conmueve a Alan, queda probado de una vez y para siempre. Uno sabe si es falso

o no. Es el único hombre que conozco que no puede evitar ser auténtico.

-Ja! Sobrestimas su realidad -dijo Katherine con cierto desdén.

Y más tarde, cuando Alan, al oírla mencionar a Philip, se encogió de hombros con aquella mera tolerancia indiferente, Katherine se enfadó.

-Eres un mal amigo -le dijo.

-¡Amigo! -repuso él-. ¡Yo nunca fui amigo de Farquhar! Si él asevera que lo es mío, es asunto suyo. A mí jamás me importó demasiado. Está al otro lado de la frontera equivocada; demasiado, por lo que a mí respecta.

-Entonces -contestó ella- no está bien que le permitas considerarse amigo tuyo. No tienes derecho a dejar que tenga tan buena opinión de ti. Deberías decirle que no te gusta.

-Se lo he dicho una docena de veces. Y parece disfrutar con ello. Es como si fuera parte de su juego.

Y se dirigió hacia su telescopio.

Llegó la guerra, y el regimiento de Alan partió a Francia.

-¿Lo ves? -dijo él-. Eso te pasa por haberte casado con un soldado. Te encuentras con que ha de luchar contra los tuyos. Así son las cosas.

A Katherine esto la conmocionó tanto que ni siquiera fue capaz de llorar.

-¡Adiós! -le dijo él, besándola suave, largamente. Después de todo, había sido un marido para ella.

Y cuando se volvió para mirarla, en sus ojos azules la dulce y protectora mirada de un marido, y al mismo tiempo esa otra tácita asunción del destino, la conciencia de Katherine vaciló hasta la incoherencia. Ella sólo quería alterarlo todo; alterar el pasado, el curso de la historia... el terrible curso de la historia. Secretamente, en alguna parte de sí misma, sentía que con su amor de abeja reina, con su voluntad de abeja reina, podía desviar el curso de la historia... No; sentía que podía incluso revertirlo.

Pero en la mirada sabia y remota que veía en el fondo de los ojos de Alan, detrás de su inconmovible amor de marido, ella vio que jamás podría hacerlo. Que toda su femenina y maternal concentración de mujer jamás podría detener el poderoso curso del destino humano. Que, como Alan había dicho, sólo la fría fuerza de un hombre,

aceptando el destino de la destrucción, podría ocuparse del curso de la humanidad a través del caos y más allá, hacia una salida nueva. Pero antes el caos, y la larga ira de la destrucción.

Por un instante su fuerza de voluntad cedió. Incluso su alma pareció romperse. Y entonces él se fue. Y en cuanto se hubo ido ella recuperó el núcleo de su fortaleza.

Philip fue un gran consuelo para ella. Éste aseveraba que la guerra era algo monstruoso, que jamás debió haber sido declarada y que los hombres deberían negarse a considerarla otra cosa salvo un colosal y desgraciado accidente.

Ella, en su alma alemana, sabía que no era un accidente. Que era inevitable, e incluso necesaria. Pero la actitud de Philip la calmó inmensamente, la devolvió a sí misma.

Alan no regresó. En la primavera de 1915 se le dio por desaparecido. Ella nunca había guardado luto por él. De hecho, jamás le había dado por muerto. En cierto sentido, Katherine había triunfado. La abeja reina había recuperado su influjo, como reina del mundo; la mujer, la madre, la hembra con la mazorca de maíz en la mano, a diferencia del hombre, que blandía la espada.

Philip había pasado la guerra como periodista, poniéndose siempre del lado de la humanidad, de la verdad y de la paz humanas. Para ella, él había sido un consuelo inexpresable. Y en 1921 se casó con él.

El hilo del destino podía ser hilado, incluso podía ser medido, pero la mano de La chesis había sido incapaz de cortarlo en dos.

Al principio, estar casada con Philip le resultó extremadamente agradable, voluptuoso, tranquilizador, especialmente ahora que tenía treinta y ocho años. Katherine sentía que él acariciaba sus sentidos, y la calmaba, y le daba lo que quería.

Pero luego, gradualmente, un curioso sentido de degradación se apoderó de su espíritu. Se sentía insegura, incierta. Era casi como tener una enfermedad. La vida, para ella, se tornó opaca e irreal, como nunca lo había sido hasta entonces. No luchaba, ni siquiera sufría. En la insensibilidad de su carne no sentía reacción alguna. Todo se volvía barro.

Pero no obstante se recuperaba, y disfrutaba inmensamente. Y después de un tiempo, le sobrevenía de nuevo esa sofocante sensación de nulidad y degradación. ¿Por qué, por qué se sentía degradada, en su alma secreta? Jamás, por supuesto, en el exterior.

El recuerdo de Alan volvió a apoderarse de ella. Seguía pensando en él y en su insistencia con el corazón en vilo, pero sin la airada hostilidad que antaño sentía. Cierta admiración por él, por su recuerdo, se adueñó de su espíritu. Se resistió a ella. No estaba acostumbrada a sentir admiración.

Se percató, sin embargo, de la diferencia entre estar casada con un soldado, un luchador nato, perenne, una espada que no debía ser enfundada, y este otro hombre, este astuto civil, este sutil enredador, este ajustador de la balanza de la verdad.

Philip era más inteligente que ella. La enredó; enredó a la abeja reina, a la madre, a la mujer, al juicio femenino, y la sirvió con un sutil y sagaz homenaje. Puso la balanza, el equilibrio, en sus manos. Pero también, astutamente, le vendó los ojos, y manipuló la balanza mientras ella no podía verle.

Vagamente, ella se daba cuenta de esto. Pero sólo vaga, confusamente, porque sus ojos estaban vendados. Philip tenía la sutil y encantadora habilidad de mantener sus ojos siempre vendados.

A veces ella jadeaba, jadeaba, a causa de sus pulmones oprimidos. Y a veces el rostro anguloso, duro, autoritario pero honesto de Alan volvía a su memoria, y de

pronto le parecía que volvía a encontrarse bien, que la extraña, voluptuosa sofocación, que le dejaba el alma convertida en barro, desaparecía, y que una vez más podía respirar el aire de los cielos abiertos. Incluso luchar contra él.

Eso le ocurrió en el barco mientras cruzaba el Canal. Súbitamente le pareció que Alan volvía a estar a su lado, como si Philip no hubiera existido jamás. Como si Philip no hubiera significado para ella más que un empleado de tienda de confección que le tomase las medidas. Y escapando, por así decirlo, sola a través del frío y ventoso Canal, de pronto se convenció a sí misma de que Philip no había existido nunca; de que sólo Alan había sido su marido. De que aún seguía siéndolo. Y de que iba a encontrarse con él.

Esto contribuyó a la seguridad en sí misma que sintió en París, y fue lo que hizo que los franceses la tratasen tan bien. Puesto que a los latinos les encanta sentir que una mujer está realmente envuelta en el hechizo de un hombre. Más allá de los nacionalismos subsiste el problema entre hombre y mujer.

Ahora Katherine estaba sentada, vagamente excitada y casi feliz, en la penumbra del vagón del tren del Este. Era como en los días de antaño, cuando volvía a su casa de Alemania. O, más aún, como cuando regresaba de vuelta a Alan. Porque, en el pasado, cuando él era su marido, sintiera por él lo que sintiese, jamás conseguía sobreponerse a la sensación de que las ruedas del vagón tenían alas cuando la devolvían a él. Incluso cuando sabía que se portaría mal con ella, que sería con ella duro, inclemente y destructivo, el movimiento de' las ruedas era alado.

Mientras que, en dirección a Philip, se movía con una extraña, agotadora resistencia. Decidió no pensar en él.

Mientras miraba sin ver por la ventanilla del vagón, el paisaje de invierno se resolvió repentinamente, sobresaltándola, en su conciencia. El gris y chato paisaje invernal; campos arados de tierra grisácea que parecían estar compuestos por los arcillosos residuos de cadáveres. Delgados árboles, pálidos y desnudos, se erguían como alambres junto a los caminos rectos, abstractos. Una granja en ruinas entre otro montón de árboles. Y un pueblo sórdido desfiló ante ella, con casas destruidas como dientes podridos entre las rectas filas de las calles vecinales.

Con súbito horror se percató de que debía de estar en la zona del Marne, la terrible zona del Marne, siglo tras siglo enterrando los cuerpos de sus hombres frustrados en la tierra. El país fronterizo, donde las razas latina y germana se neutralizan mutuamente hasta convertirse en horrendas cenizas.

Tal vez incluso el cadáver de su hombre entre aquellos lodos grises.

Era demasiado para ella. Permaneció allí sentada, su rostro mismo de color ceniciento, queriendo escapar.

«Si lo hubiera sabido»; se dijo, «si lo hubiera sabido habría ido por Basilea».

El tren se detuvo en Soissons, un nombre que le horrorizaba. Se limitó a procurar no acusar nada de lo que veía y sentía. Y, afortunadamente, sirvieron el almuerzo. Acudió al coche restaurante y se sentó frente a un diminuto oficial francés vestido con un uniforme azul horizonte que sugería cualquier cosa menos la guerra.

Parecía tan ingenuo, casi infantil, simpático, con aquella inocencia que tantos franceses preservan debajo de lo que algunos llaman malignidad, que Katherine se sintió

realmente aliviada. El oficial la saludó con la cabeza en un gesto tímido, peculiar, cuando ella le devolvió su media botella de vino, que se había trasladado poco a poco a su lado de la mesa debido al movimiento del tren. ¡Qué amable era! ¡Y cómo se entregaría a una mujer, si ésta encontrase auténtico placer en el hombre que él era!

De todos modos, ella se sentía muy lejos de todo ese asunto del intercambio entre

hombres y mujeres.

Después del almuerzo, con el calor del tren y el efecto de la media botella de vino blanco, Katherine volvió a dormirse, sus pies rozando incómodamente la plancha metálica del suelo del vagón. Y mientras dormía, la vida tal como ella la conocía pareció que se volvía artificial, el sol del mundo se le antojó una luz artificial, cubierta de humo como la luz de las antorchas, las cosas creciendo artificialmente a lo largo de una noche artificialmente iluminada con tal intensidad que la hacía semejante al día. Su vida, la vida de cada día, había sido una ilusión, como lo es una noche de baile. Su amor y sus emociones, el pánico mismo que sentía por el amor, habían sido una ilusión. Se dio cuenta de cómo, durante la guerra, el amor que sentía había sucumbido al pánico.

Y ahora incluso este pánico al amor era una ilusión. Había corrido a los brazos de Philip para ser salvada. Y, ahora, su pánico al amor, y la salvación de Philip, eran una ilusión.

¿Qué quedaba entonces? Incluso el amor preso del pánico, tal vez lo más intenso que había sentido nunca, era sólo una ilusión. ¿ Qué quedaba? ¿Las grises sombras de la muerte?

Cuando volvió a mirar por la ventanilla estaba oscureciendo, y se hallaban en las afueras de Nancy. De niña, ella había conocido esa región. A las siete y media estaban en Estrasburgo, donde debía pasar la noche, ya ningún tren cruzaría el Rin hasta el día siguiente.

El porteador, un vigoroso muchacho rubio, inmediatamente se dirigió a ella en alsaciano. Insistió en acompañarla hasta el hotel -un hotel alemán- vigilándola como un centinela personal, fiel y competente, completamente distinto de los franceses.

Era una noche de invierno fría y ventosa, pero Katherine quiso salir después de cenar a ver la catedral. ¡La recordaba tan bien, de su otra vida!

El viento helado arreciaba en las calles. La ciudad parecía vacía, como si su espíritu la hubiese abandonado. Los pocos viandantes, robustos y de baja estatura, hablaban el crudo idioma alsaciano. Los carteles de las tiendas estaban escritos en francés, a menudo con una pequeña concesión al alemán escrita debajo. Y las tiendas estaban llenas de productos, rebosantes de los productos que llegaban de las fábricas de Mulhausen y otras ciudades, antaño alemanas.

Cruzó el río que la noche oscurecía, donde los cobertizos de las lavanderas se erguían junto a su cauce, y en los que algunas se arrodillaban todavía al borde del agua, en la tenue luz eléctrica, aclarando la ropa en el agua turbia y fría. El viento soplaba en la gran plaza, y el lugar parecía desierto. Una ciudad de nuevo conquistada.

No pudo recordar el camino de la catedral. Vio a un policía francés con su capa azul y su gorra puntiaguda, un espécimen solitario, tierno y vulnerable en aquella cruda ciudad alsaciana. Acercándose a él, le preguntó en francés dónde estaba la catedral.

Él le señaló el camino; la primera calle a la izquierda. No parecía hostil; realmente, nadie lo parecía. La hostilidad procedía sólo de la gran fatiga helada del invierno en una ciudad conquistada, una perenne y fatigada frontera.

Y los franceses parecían mucho más fatigados, y también más sensibles, que los burdos alsacianos.

Katherine recordó la callejuela, las antiguas casas colgadas con sus negras vigas y sus altos aleros. Y como un inmenso fantasma, como un fulgor rojizo en la oscuridad, la misteriosa catedral que abordaba al recién llegado, gigantesca, contemplando, de la oscuridad a la oscuridad, la minúscula humanidad de la villa. Estaba construida con piedra rojiza, que brillaba en la noche como carne oscura. Y, vasta,

Librodot

incomprensiblemente alta y extraña, miraba hacia abajo desde la noche. La gran ventana de roseta, allá en lo alto, parecía un seno de la gran mole, y prismas y agujas de piedra se disparaban hacia arriba, como plumaje, oscuramente, a medias visibles en el cielo.

Allí estaba, en la alta oscuridad de la pesada noche invernal, como una amenaza. Katherine recordó que en el pasado su espíritu solía ascender junto con ella. Pero ahora, cerniéndose con un leve enmohecimiento color de sangre desde los altos cielos oscuros, la mole se erguía suspendida, mirando hacia abajo como una vasta y demoníaca amenaza, calma e implacable.

El misterio y un miedo confuso, antiguo, se apoderaron del alma de la mujer. La catedral se le antojaba extraña, demoníaca, herética. Y en ella parecía bullir una sangre antigua e indomable. Se erguía allí como un inmenso animal silencioso de dientes de piedra, esperando, y preguntándose cuándo debía inclinarse sobre aquella pálida humanidad.

Y vagamente ella se dio cuenta de que detrás de la cenicienta palidez y el sulfuro de nuestra civilización se oculta la gran criatura de sangre, esperando, implacable y eterna, dispuesta a aplastar nuestra blanca fragilidad dejando que la sombría sangre fluya erecta una vez más, con fuerza y orgullo nuevos e implacables. Incluso desde los cielos más próximos se cierne la gran mole de sangre crepuscular, difuminando la Cruz que supuestamente debe exaltar.

Los cielos nocturnos parecieron abrirse, mostrando una inmensa presencia de sangrienta oscuridad que se cernía imponente, inclinada, mirando hacia abajo, esperando su momento.

Cuando Katherine se volvió para irse, para alejarse de las plegadas alas de la iglesia, vio a un hombre de pie en el pavimento, cerca de la oficina de correos que funciona oscuramente en la plaza de la Catedral. Inmediatamente supo que aquel hombre, allí de pie, sombrío, silencioso, era Alan. Estaba solo, inmóvil y remoto.

Él no se le acercó. Ella vaciló, y luego se dirigió hacia él, como si se encaminase a la oficina de correos. Él permaneció totalmente inmóvil, y el corazón de Katherine murió a medida que se le acercaba. Entonces, cuando ella pasaba junto a él, él se volvió súbitamente y la miró.

Era Alan, aunque tal era la oscuridad que ella apenas podía verle la cara, un rojizo resplandor en la sombra.

-¡Alan! -dijo.

Él no habló, pero puso en su brazo una de sus manos, deteniéndola, como solía hacerlo antaño, con una extraña y silenciosa autoridad. Y obligándola a volverse con una ligera presión sobre .su brazo, caminó junto a ella, lentamente, a lo largo de la calle principal de la ciudad, bajo los arcos donde las tiendas continuaban iluminadas.

Katherine miró su rostro: parecía mucho más oscuro, más atezado de lo que ella recordaba. Era un extraño y, sin embargo, era él y ningún otro. Él no dijo nada en absoluto. Pero eso también era de esperar. Su boca estaba cerrada, sus ojos atentos eran los mismos, y había a su alrededor una sombra de silencio, impenetrable, aunque no fría. Más bien lejana y dócil, como el silencio que rodea a un animal salvaje.

Ella sabía que estaba caminando con su fantasma. Pero ni siquiera eso la inquietaba. Le parecía natural. Y el sentimiento que había olvidado volvió a apoderarse de ella; el sereno e inconsciente placer de una mujer que se mueve dentro del aura del hombre al que pertenece. De joven, cuando estaba con su marido, había experimentado aquel intrascendente y no obstante precioso sentimiento. Había sido de una plena satisfacción, y tal vez su plenitud misma había hecho que no fuese

consciente de él. Más tarde, le pareció que casi lo había destruido deliberadamente, aquel tenue flujo de satisfacción que ella, como mujer, recibía de él como hombre.

Ahora, mucho después, se daba cuenta de ello. Y mientras caminaba a su lado a través de la ciudad conquistada, se percató de que aquello era lo único perdurable que puede poseer una mujer: la suave e intangible corriente de satisfacción que la transporta junto al hombre con el que se ha casado. Es su perfección y su logro más alto.

Ahora, años más tarde, lo sabía. El conflicto había desaparecido. Y vagamente se preguntó por qué, por qué había luchado contra ello. No importa lo que el hombre haga o diga como persona: si una mujer puede moverse a su lado en esa tenue, plena corriente de satisfacción, tiene lo mejor de él que pueda obtenerse, y sus denodados esfuerzos para conseguir algo más que eso son sus ignominiosos esfuerzos en pos de la nulidad de sí.

Ahora ella lo sabía, y lo aceptaba. Ahora que caminaba junto a un hombre que llegaba desde las profundidades de la muerte; que acudía a su lado, para salvarla. La fuerte y callada bondad que le demostraba, incluso ahora, lograba eliminar de su cuerpo el nervioso, ceniciento horror del mundo. Katherine iba junto a él, tranquila y liberada, como alguien a quien acaban de soltarle unas ligaduras, caminando en la penumbra de su propia plenitud.

Al llegar al puente él se detuvo y retiró la mano de su brazo. Ella supo que iba a abandonarla. Pero bajo su gorra ceñida él la miró, oscura pero bondadosamente, y agitó su mano en un leve y amable gesto de adiós, y de promesa, como si en aquel adiós le prometiese no dejarla nunca, no dejar nunca que la bondad se apagase en su corazón; como si le prometiese que allí permanecería para siempre.

Katherine corrió a través del puente en dirección a su hotel con las mejillas bañadas en lágrimas. Apresuradamente subió a su habitación. Y, mientras se desvestía, evitó mirarse la cara en el espejo. No debía romper el hechizo de la presencia de Alan.

Ahora, más tarde, se daba cuenta del cuidado que debía poner en no violar el misterio que la rodeaba. Ahora que sabía que él había vuelto a ella de entre los muertos se daba cuenta de lo precioso y frágil que había sido aquel regreso. Él había regresado con su corazón oscuro y bondadoso, amándola aun en el después. Y de ninguna manera debía ella ir contra él. El fantasma silencioso, cálido y poderoso había vuelto con ella. Era él. Y ella no debía intentar siquiera pensar en él definitivamente, ni hacerlo real, ni comprenderlo. Sólo podía pensar en él silenciosa, oscuramente, en el interior de su alma femenina, y saberlo presente en ella, sin mirarlo siquiera, sin intentar buscarlo. Una vez que ella intentase tocarlo, tenerlo, hacerlo real, desaparecería para siempre, y con él este último y precioso influjo de su paz como mujer.

«¡Ah, no!», se dijo a sí misma. «Si él me deja con su paz, yo no debo hacer ninguna pregunta.»

Y se arrepintió en silencio del modo en que, en el pasado, lo había cuestionado esperando respuestas. ¿Qué habían sido las respuestas, cuando las había obtenido? Repugnantes cenizas en su boca.

Ahora ella conocía el supremo terror moderno de un mundo ceniciento, enervado. Si un hombre podía regresar de la muerte para salvarla de aquello, ella no le haría preguntas: sería humilde, y agradecida más allá de las lágrimas.

Por la mañana, bajo el cielo gris, salió a la calle azotada por un viento helado para ver si volvía a encontrarlo. No porque lo necesitase: su presencia aún seguía

rodeándola. Pero él podría estar esperándola.

La ciudad era pétrea y fría. Los viandantes estaban pálidos, helados, y parecían de algún modo condenados. Estaban muy lejos de ella. Katherine sintió por ellos una especie de piedad, aunque sabía que no podía ayudarlos, ni en el tiempo ni en la eternidad. Y ellos la miraban, y apresuradamente apartaban la vista, como si se sintieran incómodos.

La catedral alzaba su alta fachada gris rojizo en la desnuda luz, pero no parecía cernirse sobre la ciudad como la noche anterior. La plaza de la catedral era dura y fría. Dentro, la iglesia era fría y repelente, a pesar de la luminosidad de los vitrales. Y Alan no apareció por ninguna parte.

De modo que Katherine se apresuró a volver al hotel y de allí se dirigió a la estación para coger el tren de las 10.30 que la llevaría a Alemania.

Era un tren sórdido, sombrío, en el que unas pocas almas en pena esperaban para cruzar el Rin. Su porteador alsaciano cuidó de ella con el mismo devoto empeño que el día anterior. Katherine entró en el vagón de primera clase que seguiría hasta Praga: era la única pasajera que viajaba en primera. Un porteador francés auténtico, con bigotes, que vestía una blusa y se contoneaba al caminar, intentó decirle una lindeza en las pocas palabras de alemán que conocía. Pero ella se limitó a mirarlo fijamente y él bajó la cabeza. En realidad no era su intención ser grosero. Hasta en aquello había una suerte de desesperanza.

Despaciosa, desalentadamente, el tren salió de la ciudad. Katherine vio en la distancia la extraña figura encorvada de la catedral, apuntando su único dedo por encima de la ciudad. ¿Por qué, por qué la habían puesto allí las antiguas razas germánicas?

Lentamente el paisaje se desintegró en las llanuras y los pantanos del Rin, los canales, los sauces, las rieras, las zonas húmedas heladas aunque no inundadas. Todo parecía cansado. Y el viejo Padre Rin fluyendo en verdosas dimensiones, implacable, separando las razas ahora cansadas de la lucha racial, pero aprisionadas en sus batallas como en los anillos de una enorme serpiente, incapaces de escapar. Frío, caudaloso, verde y absolutamente descorazonador, el río transcurría bajo el cielo invernal pasando por debajo del puente de hierro.

Hubo una larga espera en Kehl, donde los oficiales franceses y alemanes observaban una estólida y deprimente neutralidad. Los trámites de aduana y pasaportes pasaron rápido. Pero el tren esperó y esperó, como si fuera incapaz de abandonar aquel punto de pura negación, en el que las dos razas se neutralizaban mutuamente, y no se percibía ninguna polaridad, ninguna vida; en el que ningún principio dominaba.

Katherine Farquhar permaneció quieta en el silencio suspendido del regreso de su esposo. No hacía caso ni del francés ni del alemán, hablaba un idioma u otro según se le requiriese, apenas consciente. Esperó mientras el caluroso tren despedía siseantes nubes de vapor, detenido en el perfecto punto neutral de la nueva frontera, al otro lado del Rin.

Y por fin salió un sol aguado y el tren partió nerviosa y silenciosamente, dejando atrás la neutralidad.

En la gran planicie de la llanura del Rin las someras aguas estaban heladas, los surcos corrían en línea recta en dirección a ninguna parte, y el aire también parecía congelado. Pero se sentía que la tierra era fuerte, indómita, y parecía vibrar, con sus rectos surcos, en un contrapunto hondo y salvaje. Y en el aire había también un estremecimiento bárbaro y helado, bravío y montaraz, prerromano.

Aquella parte del valle del Rin, incluso en su orilla derecha, en Alemania, estaba ocupada por los franceses. De ahí la curiosa desocupación, el suspenso, como si allí no viviera nadie, como si algún espíritu estuviese vigilando, vigilando los campos vastos y vacíos con sus rectos surcos y sus prados acuáticos. Silencio, vacío, suspenso, y un sentido de algo que aún queda pendiente.

Una larga espera en la estación de Appenweier, en la línea férrea principal de la orilla derecha. La estación estaba desierta. Kathecine recordó su ajetreo excitado, exultante, en los días de antes de la guerra.

-Sí -le dijo el guarda al jefe de estación-, ¿por qué nos obligan a salir de Estrasburgo con tanta puntualidad si van a retenernos aquí durante tanto tiempo?

¡El pesado alemán del Badisch! ¡La sensación de resentida impotencia de los alemanes! Katherine sonrió para sus adentros. Se percató de que allí el tren abandonaba el territorio ocupado.

Por fin arrancaron en dirección norte, libres por el momento, ya en Alemania. Eran las tierras más allá del Rin, la Alemania de los bosques de pinos. La tierra misma parecía fuerte e insumisa, erizada de juncos y matorrales como una cabellera salvaje. Bajo la civilización que iba desapareciendo existía el mismo silencio, la misma espera, y el mismo bárbaro contrapunto de la piel blanca septentrional. El tono audible de la civilización que moría parecía ir apagándose, y el antiguo y grave susurro de los bosques del norte antiguo resonaba por todas partes. Al menos en los oídos de Katherine.

Y allí estaban las imponentes colinas de la Selva Negra, amontonadas, hoscas, esperando, como si custodiaran la Alemania más íntima. Negras colinas redondas, ennegrecidas por los bosques salvo allí donde habían sido talados campos de labranza dejando blancos retazos de nieve. Blanco y negro, esperando allí en la distancia próxima, en hosca vigilancia.

Katherine conocía muy bien el país. Pero no en el estado en que se hallaba ahora; aquella hosquedad, aquel vacío, aquella tensa y pesada espera.

¡Steinbach! ¡Entonces, casi habían llegado! Tendría que cambiar en Oos para Baden-Baden, su estación de destino. Seguramente Philip estaría esperándola allí, en Oos; habría llegado desde Heidelberg.

¡Sí, allí estaba! E inmediatamente ella penso que parecía pálido, enfermo, su silueta frágil y derrotada.

-¿No estás bien? -le preguntó, cuando hubo bajado del tren a la estación vacía.

-Tengo un frío terrible -dijo él-. No consigo calentarme.

-Y en el tren hacía tanto calor... -dijo ella.

Por fin llegó un porteador que transportó sus maletas hasta el pequeño tren de enlace.

-¿Cómo estás? -le preguntó él, mirándola con una cierta expresión enfermiza, y miedo en los ojos.

-¡Muy bien! Todo parece muy extraño -dijo ella.

-No sé a qué se debe -dijo él-, pero Alemania me congela las entrañas, y afecta mis pulmones.

-No tenemos por qué quedarnos mucho tiempo -dijo ella sin darle importancia.

Él observaba su expresión alegre. Y ella lo extraño y chétif que le parecía él. ¡Extraordinario! Mientras lo miraba sintió por primera vez, con una curiosa claridad, que estar casada con él era humillante; incluso llevar su nombre. Se sintió humillada por el mero hecho de que su nombre fuese Katherine Farquhar. Y, sin embargo, hasta entonces le había parecido un bonito nombre.

«¡Y pensar que estoy casada con este hombrecillo! », se dijo. « ¡Y pensar que llevo su nombre! »

No cuadraba. Pensó en su propio nombre, Katherine von Todtnau, o en su nombre de casada, Katherine Anstruther. El primero le parecía el más adecuado. Pero el segundo era como una segunda piel. El tercero, Katherine Farquhar, no le cuadraba en absoluto.

-¿Has visto a Marianne? -le preguntó a Philip.

-Sí.

La respuesta había sido escueta. ¿Qué le ocurriría?

-Tendrás que cuidarte ese resfriado -le dijo Katherine amablemente.

-¡Ya me lo cuido! -respondió él con petulancia.

Marianne, la hermana de Katherine, estaba en la estación, y al cabo de dos minutos las dos se habían enzarzado en una conversación en alemán, riendo y llorando y estallando una vez más en carcajadas. Philip había quedado al margen. En aquellos días de economía congelada no había taxis. Un porteador transportaba el equipaje en un carrito y los recién llegados caminaban hasta su hotel atravesando la ciudad semivacía.

-Pero si el hombrecito es encantador... -dijo Marianne en tono despreciativo.

-¿Verdad que sí? -exclamó Katherine en el mismo tono.

Y las dos hermanas se detuvieron en mitad de la calle y rompieron a reír. «El hombrecito» era Philip.

-El otro era más hombre -dijo Marian

ne-, pero estoy segura de que éste es más fácil. ¡El hombrecito! Sí, debería ser más fácil. -Y rió a su manera, burlonamente.

-¡El tentetieso! -dijo Katherine, refiriéndose a aquellos hombrecillos de juguete con una base de plomo que siempre vuelven a quedar de pie.

Philip era muy desgraciado en esta atmósfera. Su fuerza residía en su debilidad, en su encanto, en su dependencia. Sagazmente, casi siempre conseguía salirse con la suya, pero siempre pareciendo que cedía. En las emergencias agachaba la cabeza todo lo que le era posible y dejaba que la tormenta le pasara por encima. Luego se erguía de nuevo, el mismo de siempre, sentimental, del lado de los ángeles, sin desafiar a nadie. Los desafiantes habían muerto en la guerra. Él lo había visto, y había sonreído en secreto. Cuando el león muere de un disparo los perros se comen sus despojos. De modo que él se había quedado con Katherine: la leona de Alan. Un perro vivo es mejor que un león muerto. Y así, el pequeño periodista semiangelical exultaba en el triunfo de su debilidad.

Pero en Alemania, en la extraña Alemania posbélica, Philip parecía haber vuelto a apagarse. El aire estaba helado y vacío, y toda sensación parecía haber desaparecido del país. La emoción, incluso el sentimiento, estaban adormecidos, muertos, como en un miembro congelado. Y si a él se le adormecía el sentimiento se moriría.

-¡Estoy tan contento de que hayas venido, Kathy! -dijo-. No sé si hubiera podido soportar otro día más aquí sin ti. Siento que eres la única cosa en el mundo que sigue siendo real.

-Pues tú a mí no me pareces muy real -dijo ella.

-Y no lo soy. ¡No lo soy! No cuando estoy solo. Pero cuando estoy contigo soy el hombre más real del mundo. ¡Lo sé!

Esto era lo que a ella la había atraído de él en el pasado, lo que la había conmovido hasta la médula de su vanidad femenina; incluso lo que había hecho que se enamorase de aquella pequeña criatura que era capaz de admitir verdades tan pertinentes con

tamaña generosidad. ¡Tan diferente del soberbio Alan, que esperaba que la mujer se inclinase ante él!

Ahora, sin embargo, parte de la frialdad de la entumecida Alemania parecía haberse apoderado de ella. Sentía un desprecio cruel por el quejumbroso animalillo que invocaba su propia realidad sólo a través de una mujer. No le contestó; se quedó observando la nieve que caía entre ella y los oscuros árboles. ¡Otro mundo! Cuando la nieve cesó, los fríos abetos se le antojaron fantasmales, erizados; altas criaturas cónicas apretujándose oscuramente, blanqueadas por la nieve. ¡Tan altos, tan lupinos!

Philip se estremeció y pareció empalidecer. Había escasez de combustible, de comida; todo escaseaba. Philip quería que Katherine se fuese con él a París. Pero ella deseaba quedarse al menos dos semanas con su familia. La escasez no le importaba. Por las tardes, veía las colas de vecinos esperando en la oscuridad -la ciudad estaba iluminada sólo a medias- para llenar sus bolsas de agua caliente en las termas de las afueras de Kurthaus, silenciosos, espectrales, incapaces de permitirse siquiera un fuego para calentarse el agua. Y los escalofríos de Philip la dejaban bastante indiferente. Que temblase.

La nieve estaba dura y seca. Katherine salió al bosque, subiendo las empinadas colinas. El mundo estaba curiosamente vacío, retornado a su estado salvaje. Se dio cuenta de que, si las catástrofes se sucedieran, el mundo tardaría muy poco tiempo en volverse salvaje. Philip, pálido y demacrado, caminaba a su lado con dificultad, tambaleándose y dando traspiés: grotesco. Era un hombre que jamás caminaría con firmeza. Ahora se limitaba a arrastrarse. Katherine podía sentir a Alan entre los árboles; su estremecimiento; su vibración. Y de vez en cuando, con el corazón en vilo, miraba en dirección a algún tronco de abeto, gigantesco, vivo y potente, intensamente físico, derramando todo su fecundo verdor sobre la nieve. Podía sentir a Alan en la potente presencia del árbol. Deseaba acercarse a él y abrazar su tronco. Pero Philip se sentaba en la nieve, diciendo:

-Oye, Kathy, yo no puedo seguir. Sencillamente no me quedan fuerzas.

Ella permanecía en el sendero, orgullosa, despreciativa, pero callada, mirando hacia donde se erguían las rocas opacas, rojizas. Y estaba segura de que allí, entre las rocas, Alan la esperaba. Se sentía fuerte y poderosa. No obstante se llevaba a Philip a casa, agotado.

Estaba realmente enfermo. Lo acostó, y él permaneció en la cama. Vino el médico. Pero Philip estaba en un estado de pánico: todo le daba miedo. Katherine salía a pasear por el bosque, sola. Esperaba a Alan, y estaba deseando encontrarse con él. Philip yacía en su lecho, semiinconsciente, y cuando ella regresaba le decía, con sus grandes ojos brillantes:

-¡Debes de haber ido muy lejos! -Y en estas últimas palabras enseñaba sus dos largos dientes delanteros en una especie de gruñido.

-No muy lejos -decía ella.

Un día Alan vino hacia ella desde las opacas piedras rojizas del bosque. Llevaba un kilt que le sentaba muy bien, pero vestía chaqueta de soldado. Y no llevaba gorra. Se le acercó caminando, sus rodillas apartando el kilt de la manera que ella conocía tan bien. Llegaba triunfalmente, espléndido, y ella lo esperó temblando. Seguía manteniendo un silencio absoluto. Pero la rodeó con un bra

zo y la llevó consigo, y ella cedió con una entrega como no había conocido nunca hasta entonces. Y, entre las rocas, le hizo el amor, la tomó con la pasión silenciosa de un marido, tomó posesión de ella por completo.

Más tarde Katherine regresó a casa, abstraída, para encontrarse con que Philip esta-

ba muy grave. Se dio cuenta de que podría morir. Y no le importó en lo más mínimo. Pero cuidó de él, y permaneció a su lado, y él pareció mejorar.

No obstante, al día siguiente ella quiso volver a salir. ¡Debía hacerlo! Sentía que su marido la estaba esperando, y la llamada era imperativa. Tenía que ir. Pero Philip se puso casi histérico cuando ella quiso dejarle.

-¡Te juro que me moriré mientras estés fuera! ¡Te juro que si me dejas ahora me moriré! -Puso los ojos en blanco, fuera de sí, y su aspecto era tan extraño que ella supo que era verdad. De modo que permaneció junto a él, hosca y llena de resentimiento, con sus pensamientos lejos de allí, en las rocas.

La tarde se fue volviendo cada vez más fría. Philip tiritaba debajo del grueso edredón.

-¡Éste es un frío asesino! ¡Me está matando! -dijo.

A ella no le importaba. Permaneció allí sentada, abstraída, lejos de él, con el espíritu fuera de allí, en el helado anochecer. Un flujo poderoso parecía envolverla en otra realidad distinta de aquélla. Era Alan que la llamaba, la abrazaba. Y ese abrazo parecía hacerse más fuerte a medida que pasaba el tiempo.

Permaneció con Philip en la habitación. Pero había decidido no acostarse. Él estaba muy débil. Ella se sentaría a su lado. Hacia la medianoche él se incorporó y dijo con voz desmayada:

-¡Katherine, no puedo soportarlo! -Y volvió a poner los ojos en blanco.

-¿Qué? ¿Qué es lo que no puedes soportar? -dijo ella, inclinándose sobre él.

-¡No puedo soportarlo! ¡No puedo soportarlo! Cógeme en tus brazos. ¡Abrázame! ¡Abrázame! -murmuró él, en el puro terror de la muerte.

Curiosamente adversa, ella empezó a cogerlo por debajo de los hombros, para levantarlo. Mientras lo hacía, la puerta se abrió y entró Alan, con la cabeza descubierta y el ceño fruncido. Philip alzó sus frágiles manos y rodeó con ellas el cuello de Katherine, gimiendo suavemente. Silencioso, con la cabeza desnuda, Alan se acercó a la cama, soltó las manos de Philip del cuello de su mujer y las colocó sobre su pecho.

Philip abrió los labios y mostró sus largos dientes en la terrible mueca de la muerte. Katherine sintió que bajo su mano el cuerpo de Philip se convulsionaba en un extraño paroxismo y después se quedaba inerte. Estaba muerto. Y su rostro mostraba la enfermiza mueca de un ladrón cogido in fraganti.

Pero Alan la apartó de allí y la condujo a la otra cama, en la pasión silenciosa de un marido que ha vuelto después de un largo viaje.

fin